

(Transcripción)

Castelgandolfo, 16 de febrero de 1987

María en la experiencia del Movimiento de los Focolares¹

María es la puerta que introduce en Dios.

Pues bien, una puerta no es tal si o se abre para dejar pasar. Una puerta siempre cerrada es una pared. Quien se detiene en la puerta no llega a Dios. La puerta es para llegar a Jesús.

«Ave, puerta del augusto misterio», canta el Himno AKhastisto.

La Virgen es el vacío de sí misma, el olvido de sí misma: es la criatura que se sabe criatura, aun cuando está llena de Dios.

Ella había adoptado con nuestro Movimiento la misma actitud que con la Iglesia: mantenerse a la sombra para dejar todo el realce a quien lo debía tener: su Hijo, que es Dios.

Destellos de Luz

Precisamente porque Jesús estaba en medio de nosotras, comprendimos algo que no conocíamos de María. De alguna manera Jesús nos la mostraba como él la ve. Se podría decir que ése fue su ingreso oficial en nuestro Movimiento. Jesús nos la hacía ver de una grandeza proporcionada a cuánto había sabido desaparecer.

Esto fue en 1949; un año de gracias particulares, quizás un periodo "iluminativo" de nuestra historia.

Palabra de Dios

Se comprendió que María, introducida como rara y única criatura en la Santísima Trinidad, era enteramente Palabra de Dios, completamente revestida de la Palabra de Dios. (cf. *Lucas 2, 19.51*). Y que si el Verbo es la Palabra del Padre, también María, substanciada de Palabra de Dios, poseía una belleza incomparable.

Ante esta comprensión, nuestra impresión fue tan fuerte que aún hoy no la podemos olvidar; es más, se comprende por qué entonces nos parecía que sólo los ángeles habrían podido balbucear algo sobre ella.

Por otra parte, que la Virgen sea enteramente Palabra de Dios lo dice, por ejemplo, el Magnificat; su originalidad radica precisamente en el hecho de ser una sucesión de frases de las Escrituras. Esto nos hace comprender en qué medida María se alimentaba de la Escritura al punto de estar acostumbrada, en su lenguaje, a usar las mismas expresiones.

Afirma Laurentin: "(En el) cántico (del Magnificat) cada frase es el eco de algún pasaje de la Biblia... Vemos a María tan compenetrada de la Palabra de Dios que se convierte en su eco sonoro. Por ello, no debe asombrarnos que Dios (en la Anunciación) le responda (por medio del Ángel) en los mismos términos. A la Virgen, alimentada de las Escrituras, el mensajero divino le habla en el lenguaje de las

¹ Publicado en *María Transparencia de Dios*.

Escrituras"².

San Máximo de Turín dice: “El Arca contenía la Ley, María llevaba en sí el Evangelio... del arca emanaba la voz de Dios, María llevaba en sí al Verbo, la Palabra hecha carne”³.

La originalidad de María era –aun en su perfección única- la misma que tendría que poseer todo cristiano: repetir a Cristo, la Verdad, la Palabra, con la personalidad que Dios le ha dado a cada uno.

Así como las hojas de un árbol son todas iguales y cada una es distinta de las demás, también los cristianos –como por otra parte todos los hombres-son todos iguales y al mismo tiempo distintos. Cada uno, en efecto, sintetiza en sí toda la creación. Por consiguiente, al ser cada uno “una creación”, es igual a los demás y, al mismo tiempo, distinto.

Este modo del ver a María como Palabra de Dios, tiene sus consecuencias, en particular con respecto al diálogo ecuménico. En efecto, si lo que se refiere a la figura de María puede resultar un obstáculo para la unidad plena con los hermanos evangélicos, ¿qué sucederá cuando ellos, que tanto subrayan el valor de las Escrituras, vean en María su “personificación”?

Madre de Dios

El haberla contemplado así, con el alma, nos atrajo y nació en nosotros un nuevo amor por ella. Amor al que a su vez ella respondió evangélicamente, manifestándole más claramente a nuestra alma lo que la elevaba a tal altura: Madre de Dios, Teotokos.

Bastó una mínima intuición de este misterio, para enmudecernos en adoración y acción de gracias a Dios por haber realizado tanto en una creatura.

María no era entonces, como pensábamos precedentemente, la jovencita de Nazaret, la criatura más hermosa del mundo, el corazón que contiene y supera todos los amores de las madres del mundo, sino: la Madre de Dios.

Ella se nos presentaba con una dimensión completamente ignota hasta entonces para nosotros; era como si la conociéramos por primera vez.

De hecho, antes nosotros veíamos a María frente a Cristo y a los santos -por hacer una comparación-, como en el cielo se ve la luna (María) frente al sol (Cristo) y a las estrellas (los santos). Ahora no: la Madre de Dios contenía, como un enorme cielo azul, al mismo sol, a Dios mismo.

María, en efecto, es Madre de Dios porque es madre de la humanidad, de la única Persona del Verbo, que es Dios, el cual quiso hacerse hombre. El Verbo, sin embargo, no se puede pensar nunca separado del Padre y del Espíritu Santo. El mismo Jesús, hijo de María, le responde a Felipe cuando quiere que le muestre al Padre: "El que me ha visto, ha visto al Padre... Yo estoy en el Padre y el Padre esta en mí" (Jn 14, 9-10).

María, a la que contemplábamos contenida en la Trinidad, se nos presentaba entonces conteniendo, a su modo, a causa del Hijo, a la Trinidad.

San Máximo, el confesor, Padre de la Iglesia, dice: "En realidad, a través de su encarnación, el Verbo de Dios nos enseña la teología por el hecho mismo de que nos manifiesta en sí al Padre y al

² R. Laurentin, *La Vergine Maria*, Roma 19846, p. 33.

³ San Máximo de Turín, “Sermo 42,5”, en *Patrologia Latina* 57, 738-740.

Espíritu Santo⁴. El Padre todo entero y el Espíritu Santo todo entero estaban esencialmente y perfectamente en el Hijo todo entero, también encarnado, si bien ellos mismos no se habían encarnado⁵.

Se admiraba, en adoración a Dios, que en su amor sin límites por esta creatura privilegiada, en cierta forma se había "empequeñecido" ante ella⁶. San Pablo, hablando de Jesús que es Dios, dice que "se anonadó a sí mismo" (Flp 2, 7) y esto tuvo comienzo en el seno de María.

Ante esta comprensión n de la grandeza de María, nuestra alma hubiera querido gritar: ¡sólo ahora hemos conocido a María!

Contemplando a María Madre de Dios, y por eso hecha por Dios capaz de contener, en cierto modo, a la Trinidad, San Luís María Grignon de Montfort escribe: "En el mismo paraíso de Dios y su mundo inefable, en el cual el Hijo de Dios ha entrado para obrar maravillas, para custodiarlo y para hallar sus propias delicias. Dios ha hecho un mundo para el hombre que está en camino, este mundo nuestro; ha hecho un mundo para el hombre bienaventurado, el paraíso; pero ha hecho otro para sí y le dio el nombre de María»⁷.

San Pedro Crisólogo agrega a su vez: "Sólo María contiene en sí a quien el mundo no puede contener; sólo María lleva en sus brazos a aquél que sostiene al mundo; sólo María engendró a su Creador y alimentó al que da el alimento a los vivientes"⁸

Si María es Palabra de Dios viviente, ella está a la cabeza de la escuadra de los discípulos de Cristo, como primera discípula. No es entonces, de ninguna manera, un obstáculo para su relación Cristo.

Si María es Palabra de Dios, el cristiano justamente la venera y la sigue como a su líder, después de Cristo: por eso le canta, la pinta, le dedica poesías, le erige monumentos y desfila en su honor por las calles en las fiestas dedicadas a ella.

Por otra parte, si María es Madre de Dios, es muy distinta de cualquier otro cristiano. Si Dios mismo la embelleció tanto como para complacerse en ella, exaltarla, como dicen las palabras del Ángel: "Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo" (Lc 1, 28), a ella le correspondo un lugar especial junto a Dios.

Por eso, entonces, es más comprensible que en los templos católicos y ortodoxos aparezcan imágenes de María, y cobra sentido toda manifestación de honor y de afecto que los hombres realicen.

Ejemplaridad de María

En aquel período de luz del verano de 1949 se tuvo una ulterior comprensión de ella: la de su "ejemplaridad", de su "tipicidad", como la define Pablo VI⁹. Para nosotros María representaba, en efecto, el "deber ser", mientras veíamos a cada uno de nosotros como un "poder ser" María.

El Señor había elegido, para estos particulares dones de luz, a algunas focolarinas, a dos o tres focolarinos y a un focolarino casado. Un día, ya todos fundidos -un alma sola- por el amor de Dios que nos envolvía de un modo particular, nos sentimos impulsados a consagrarnos a María y le pedimos a

⁴ Por Teología se entiende, en este pasaje, la vida íntima de la Trinidad que se manifiesta en la economía, es decir, en el modo de relacionarse de las Personas divinas con la humanidad.

⁵ San Máximo, el Confesor, en *Oratio dominica*, PG 90, 876 CD (nuestra traducción)

⁶ San Efrén el Sirio en su Himno a la Natividad escribe: "En el vientre de María se hizo niño aquél que es igual a su Padre desde la eternidad: nos dio su grandeza y tomó nuestra pequeñez" (en *Corpus Scriptorum Cristianorum Orientalum*)

⁷ San Luís María Grignon de Monfort, *Il Segreto di Maria*, Ed. Centro Mariano Monfortano, Roma 1972, p. 19.

⁸ San Pedro Crisólogo. "Sermo 143". En *Patrologia Latina* 52, 583

⁹ Pablo VI, en "Homilía en la festividad de la Asunción", 15 de agosto de 1966.

Jesús Eucaristía que nos ofreciese él a su madre como sólo él sabía hacer.

Sucedió algo un poco especial. Ese acto no resultó una expresión devocional solamente o expresión carente de verdadero contenido, sino que algo había obrado. Con esa consagración nos pareció que nos hubiera revestido de su condición de inmaculada.

Nos pareció comprender entonces que se podía verificar en nosotros lo que más tarde Pablo VI expresaría en una oración dirigida a María: "... enséñanos a ser inmaculados como tú lo eres"¹⁰.

Nos atrevíamos a pensar que se habría verificado en nosotros, como grupo, lo que luego leímos que Montfort dice de algunas personas que se donan a María: "... el principal (efecto) es que María va a vivir al alma, de manera que ya no es el alma la que vive, sino que es María que vive en ella, llegando a ser, podríamos decir, el alma de la misma alma"¹¹.

Se comprendió entonces que el plan de Dios sobre nuestro grupo y, por consiguiente, sobre el movimiento que nacía, era el de revivir, de algún modo, a María,

Incluso cada uno de nosotros se veía como una pequeña María, semejante a ella, como una hija que tiene sólo los rasgos de su madre. Recuerdo que entonces yo misma miré por primera vez a Mamá – María- con laminada de hija, pero de una hija que ve su propia forma en su Madre. Me pareció intuir entonces qué podría pasar por el corazón de la Madre viéndose a sí misma, de alguna manera, en nosotros.

Esta impresión me conmovió durante mucho tiempo.

Por primera vez advertimos -de una manera que nunca podremos olvidar- cuánto María era nuestra madre. Sucedió con nosotros lo que había dicho, cuando niña, Santa Teresa de Lisieux: "Comprendí (...) que era su hija y por lo tanto podía llamarla únicamente 'Mamá'."¹²

Es más, esta convicción, florecida en ese momento, fue tan fuerte que nos hizo sentir lejana a nuestra madre terrenal, como una de las tantas mujeres del mundo. María había tomado su lugar.

María era –como dice Juan el Geómetra– “madre de todos y de cada uno, más madre que nuestras madres”¹³.

Justamente, a propósito de María verdaderamente madre nuestra, Montfort dice: «Así como en la generación natural (...) hay un padre y una madre, también en la generación sobrenatural (...) hay un padre, que es Dios, y una madre, que es María. Todos los verdaderos hijos de Dios... Tienen a Dios como Padre y a María como madre; quien no tiene a María como madre no tiene a Dios como Padre”.

El teólogo Nicolás dice algo que –por elementos semejantes a los que se reconocen en nuestra experiencia particular- parece tener cierta afinidad con ella. En efecto escribe: “Lo que (María) produciría con su acción sería una especie de perfección de la naturaleza o de la criatura, que la capacita a no detenerse más, sino, por el contrario, a abrirse a su Creador y su Salvador, algo de la primera inocencia, el aquietamiento, si no la cura, de los ‘reflejos’ del orgullo y de la rebeldía. De esta manera todo lo que ha sido dado por pura gracia, María lo obtiene para nosotros o nos lo comunica. Así por ella podemos

¹⁰ Pablo VI, Il patrocinio di Maria sulla Pentecoste perenne, 25 de octubre de 1969 en la Basílica de Santa María Mayor, en Insegnamenti di Paolo VI, VII (1969), Poliglotta Vaticana 1970, p. 687

¹¹ San Luis María Grignon de Montfort, Trattato della vera devozione alla santa Vergine e il segreto di Maria, Roma 1985, p. 205

¹² Teresa de Lisieux, Ms A, 56v^o-57r^o, en Obras completas

¹³ Juan, el Geómetra, Discurso sobre la Asunción, n. 66

‘renacer’. Así ella es, activa y dulcemente, humana y divinamente, nuestra madre”¹⁴

Habíamos comprendido que todos nosotros unidos estábamos verdaderamente llamados a ser como María; pero cada vez más comprendíamos que, para lograrlo, era necesario vivir como ella la Palabra de Dios. Es decir, teníamos que ser solamente Palabra de Dios. En particular, vivir a Jesús Abandonado, que es la Palabra completamente manifestada.

Teníamos que custodiar en cada uno sólo la Palabra de Dios. Santificándonos entonces con la Palabra se habría generado Jesús en nosotros, para nosotros y para los demás. Se habría podido decir, en cierto modo, también por nosotros: “Bendito el fruto de tu vientre, Jesús”. (*Lucas* 1, 42).

"Si uno, con su palabra - dice Gregorio Magno -hace nacer en el alma del prójimo el amor por el Señor, éste casi genera al Señor (...) y se vuelve Madre del Señor"¹⁵.

Además nos parecía que Jesús, con nuestra consagración a María, estuviera haciendo lo que hizo con su Madre respecto de Juan: nos entregaba a ella como hijos: “¡Mujer, aquí tienes a tu hijo! Y nos ayudaba a hacer lo que todo cristiano tiene que hacer: imitar a Juan que, al pie de la cruz, por invitación de Jesús, tomó a María consigo: “¡Aquí tienes a tu Madre!” (*Jn* 19, 27).

Los cristianos tienen que ser forjados, también según el Concilio Vaticano II, por el Espíritu Santo y por María. “El texto (de la *Lumen gentium* 65) sugiere que, cuando nace en el corazón de los hermanos, Cristo es nuevamente ‘concebido por el Espíritu Santo y nacido de la Virgen’”.

Por lo tanto los cristianos son modelados por el Espíritu Santo y por María, no ciertamente para permanecer en María, sino para llegar a ser otros Jesús.

Esto fue lo que comprendimos claramente en el '49 cuando, al día siguiente de la consagración a María, en la meditación, el Señor nos hizo comprender que Cristo estaba tomando lugar en nosotros, fundidos en uno, y en cada uno personalmente. Se renovaba entonces “de alguna manera –como dice Pablo VI del cristiano que vive la Palabra- el milagro de la encarnación de Dios dentro de nosotros, como le sucedió a María”.

Estas fueron las primeras clarificaciones que nos dio el Espíritu Santo acerca de María.

Ahora, después de tantos años, se puede comprender en qué medida estaban allí los signos precursores de esa luz y de esas gracias de Dios que comenzaban a plasmar, y a erigir esta Obra viva que espontáneamente habría llevado el nombre de María.

En aquel entonces, en esas pocas personas privilegiadas por dichas intuiciones, estaba ya presente esta Obra niña. Luego, a medida que fue creciendo, por el fundirse de otros en unidad, esas gracias se iban compartiendo como era posible.

Pero luego llegó otra luz.

En una ocasión nos pareció comprender, por ejemplo, por una intuición muy especial, qué significaba María, “Madre del Amor hermoso”, razón por la cual nos surgía espontáneamente decir: “Qué hermosa eres, amada mía, qué hermosa eres” (*Ct* 1, 15).

Madre del amor hermoso. Unidos a ella, María nos enseñaba a descubrir el amor “hermoso”, que

¹⁴ J.H. Nicolas, *Theotókos –Le Mystère de Marie*. París 1965, p.183.

¹⁵ San Gregorio Magno, *Hom. in ev.*, referido por San Bada, *Commento al Vangelo di S. Marco*, vol. I, Roma 1970, P. 116-117; cf. LG 65, en EV 1, 441

es Dios, bajo la creación, de manera que todo nos parecía unido por él. Por ejemplo veíamos, fuera de nosotros, en la naturaleza, todo animado como por un sol espiritual, además de físico. Veíamos que todo vivía por amor: el río iba al mar por amor, el agua se evaporaba por amor, la lluvia caía por amor.

Veíamos que todo en la tierra estaba en relación de amor con todo: cada cosa con cada cosa. Se descubría el hilo de oro que une a los seres.

Yo sentía que había sido creada en don a quien estaba a mi lado y quien estaba a mi lado había sido creado, por Dios, en don para mí. Como el Padre en la Trinidad lo es todo para el Hijo y el Hijo lo es todo para el Padre, cada uno de nosotros lo es todo para los demás.

Además veíamos en María, toda la creación purificada y redimida, y entendíamos que toda la creación volvía a Dios por María.

Es más, nos parecía también que ella nos hiciera partícipes en cierta medida de su maternidad de amor.

Ahora que la Obra se ha desarrollado tanto y sabemos lo rica que es en maternidad espiritual para muchos, se puede entender cómo en aquellos primeros años la Virgen nos fuese introduciendo en este apostolado de maternidad espiritual, específicamente nuestro, que abraza los más diversos sectores de la Iglesia y de la humanidad.

Recuerdo también que un día, observándola, nos pareció comprender mejor cómo amaba María al Padre, instruida por el Hijo en el amor al Padre; y por consiguiente, cómo era amada por el Padre. Nos parecía ver realizado plenamente en ella la oración de Jesús al Padre: «Los has amado como me has amado a mí» (*Jn 17, 23*); por lo cual el Padre la amaba como al Hijo.

La veíamos, pues, como la Hija por excelencia, «la hija predilecta del Padre», como la llama el Concilio¹⁶.

Ella era la hija de Dios como Jesús es el Hijo de Dios, aunque en un sentido muy diferente. Y del mismo modo que Jesús es el Hijo generado por el amor del Padre, el «Hijo de su Amor», como escribe san Pablo (*Col 1,13*), ella, hija de Dios, era -así nos venía espontáneo llamarla- Mujer de amor. ¡Era realmente y extraordinariamente hermosa!

Todavía conservamos grabado en la memoria el momento en que, viendo en María tal hermosura y no conociendo otras personas semejantes a ella, le pedimos que se formase en la tierra una familia de hijos e hijas como ella, con su misma fisonomía espiritual.

Ahora creemos que aquella oración nos la sugirió ella misma, totalmente dedicada a tejer en la tierra, a pesar de nuestra absoluta indignidad, la que sería la Obra de María.

¹⁶ *Lumen Gentium* 53.